

SANTO TOMAS DE AQUINO, CONFESOR Y DOCTOR

Día 28 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

Santo Tomás, ornamento grande del estado religioso, una de las más brillantes lumbreras de todo el mundo, y uno de los mayores santos y de los más esclarecidos doctores de la Iglesia, fue italiano: debió su origen á una de las más nobles familias de todo el reino de Nápoles. Landulfo, su padre, era de la ilustrísima casa de los condes de Aquino, entroncada con los reyes de Sicilia y de Aragón; y Teodora, su madre, fue hija del conde Chieli, descendiente de los príncipes normandos, conquistadores en otro tiempo de los reinos de Nápoles y de Sicilia. Nació Tomás al mundo en el mes de Marzo de 1225, hallándose su madre en el castillo de Roca-Sicca, poco distante de la ciudad de Aquino. Pusieronle el nombre de Tomás, como lo había anunciado con anticipación un venerable ermitaño, pronosticando al mismo tiempo los importantes servicios que aquel niño había de hacer á la Iglesia.

No tardó en confirmarse el vaticinio de este varón venerable con un singular suceso. Notó un día el ama que le criaba que tenía un papelito en la mano, y, queriendo quitársele, le apretó tanto entre sus manecitas el niño, á la sazón de solo un año, lloró y se afligió de tal modo, que se vio precisada á desistir del intento; pero la condesa, su madre, picada de la curiosidad de saber lo que contenía el papel, se le arrancó con violencia, y quedó extrañamente sorprendida cuando vio que estaban

escritas en él estas palabras: *Ave María*. El llanto, los gritos y los sentimientos del niño fueron tantos, que para callarle fue preciso restituirle el papelito; mas, apenas le volvió á ver en sus manos, cuando con entrambas le aplicó apresuradamente á la boquita, haciendo ademán ansioso de tragársele. Halláronse presentes á este extraño suceso muchos testigos, y todos pronosticaron que algún día sería el niño Tomás tan gran santo como fidelísimo siervo de María.

Todas sus inclinaciones iban derechas á la piedad; y para cultivarlas mejor, á los cinco años le enviaron sus padres á que se criase entre la nobilísima juventud que estaba á cargo de los monjes en el Monte Casino. En ella aprendió con feliz suceso las letras humanas y la filosofía; pero, aunque eran grandes sus progresos en las letras, fueron sin comparación mayores sus avances en la ciencia de los santos. Conservó el candor de la inocencia en medio de la corrupción del siglo; pero, temeroso del naufragio, buscó puerto; y, conociendo el peligro, buscó asilo. Hallóle seguro en el celebérrimo Orden de Predicadores de Napóles á los diez y ocho años de edad; y á los primeros días de novicio, no sólo era edificación, sino dechado á los perfectos.

Pasmó al mundo, poco acostumbrado entonces á semejantes ejemplos, el retiro de un joven de aquella calidad y de aquellas esperanzas. Sus parientes quedaron atónitos; y noticioso el novicio de que su madre se encaminaba á Napóles con resolución de sacarle de la religión, rogó al prior que le transportase á Roma. A ella le siguió la afligidísima señora; y no encontrándole allí, porque, recelosos los superiores de este lance, le habían enviado á París para que en aquella universidad perfeccionase sus estudios, no por eso desmayó ni desistió del empeño.

Escribió sin perder tiempo á sus dos hijos mayores Landulfo y Reinaldo, que servían en las tropas del emperador Federico, y se hallaban á la sazón en Toscana, que no perdonasen diligencia alguna para coger á su hermano Tomás, y que le enviasen con buena escolta. Obedecieronla, siguiéronle, alcanzáronle, prendieronle y le remitieron á la madre bien asegurado.

La condesa, que se vio con Tomás en su poder y á su disposición, empeñada más que nunca en desviarle del estado religioso, se valió de cuantos artificios la sugirieron el amor y la industria para arrancarle la vocación y para obligarle á dejar el hábito que vestía: ruegos, razones, lágrimas, lisonjas, amenazas, todo lo empleó aquella señora; pero todo sin provecho. Viendo la madre desairados sus esfuerzos y que nada adelantaba, encomendó la empresa á una hija suya, dama de singularísimo respeto, fiando á su discreción, á sus razones, á su arte y á sus lágrimas el triunfo de la resistencia de Tomás; pero como éste adquiría cada día nuevas fuerzas, recurriendo á la oración, se defendió del nuevo violento ataque con tan feliz suceso, que no sólo no se entibió en el fervoroso empeño de mantenerse en el estado que tenía, sino que supo persuadir á su hermana á que imitase su ejemplo, abrazando el mismo estado, como lo ejecutó en el convento de Santa María de Capua, donde fue abadesa, terminando en él santamente su ejemplar vida.

No fue tan feliz en los efectos, pero fue más meritoria en la fatiga y más gloriosa para el Santo la victoria que consiguió de sus hermanos. Vueltos del ejército á su casa Landulfo y Reinaldo, se aconsejaron sólo con el orgullo y con el espíritu de soldados, y quisieron llevar el negocio con fuerza declarada. Encerraron más estrechamente á Tomás en la torre del castillo, arrancáronle el santo hábito con violencia

militar, hiciéronle mil pedazos y se empeñaron en cansar su perseverancia al rigor de inhumanos tratamientos. Halláronle inflexible; y escuchando únicamente las voces de la pasión, desatendiendo á los gritos de su religión y de su sangre, intentaron rendir dulcemente por la sensualidad y por el deleite al que no habían podido vencer por rigor ni por violencia. Discurrieron (y no discurrieron mal) que presto perdería la vocación como perdiese la gracia; y con esta diabólica idea introdujeron en el cuarto de la torre á una dama cortesana, de aquellas que hacen menor el riesgo por su celebrada belleza que por su desenvoltura.

El ataque fue violento, y Tomás conoció toda la fuerza del peligro. Levantó el corazón á Dios, imploró el auxilio de María, y, viendo cerradas las puertas á otro arbitrio, cogió intrépidamente un tizón que encontró en la chimenea, y con él puso en precipitada fuga á aquella infeliz mujer. La misma madre, que se acordó entonces de lo mucho que se había pronosticado acerca de aquel hijo, no quiso hacer más resistencia á los intentos de Dios; y disimulando la noticia que ya tenía de las medidas que se tomaban para libertarle, permitió que le descolgasen por una ventana de la torre.

Restituido Tomás á su libertad después de una prisión de casi dos años, pasó al convento de Napóles, donde fue recibido de aquellos Padres con el gozo y con el aplauso que merecía su virtud y su perseverancia. Allí hizo la profesión; pero, temerosos los superiores de que segunda vez les robasen aquel tesoro, le enviaron prontamente á Roma, de donde el general de la Orden, Fray Juan Alemán, le hizo partir para París, y desde allí le destinaron á Colonia, donde á la sazón se hallaba enseñando teología Alberto Magno, el más acreditado doctor que en aquel tiempo tenía el sagrado Orden de Predicadores.

Bajo la disciplina de tan insigne maestro hizo Tomás asombrosos progresos en la más sagrada de todas las facultades, pero tan bien disimulados entre el velo de la modestia y de un profundo silencio, que sus condiscípulos le llamaban *el buey mudo*; mas no le valió el cuidado con que procuraba confirmar la opinión menos ventajosa que se tenía de sus talentos, porque se traslucía su ingenio á pesar de su humildad; y aquel imaginado buey mudo, dentro de poco tiempo fue el oráculo del mundo y el ángel de las escuelas; tanto, que la penetración, la erudición y el método que se admira en todas sus obras acredita lo que el papa Juan XXII afirma en la bula de su canonización, *que su doctrina tuvo más de infusa que de adquirida*. Siempre daba principio al estudio por la oración, confesando él mismo que, en las dudas que se le ofrecían, su principal oráculo era el Crucifijo. Enseñó en Bolonia, en Fondi, en Pisa, en Orbieto, con la misma reputación que en París; y en todas partes dejó tanta memoria de su heroica santidad como de su milagrosa sabiduría.

Habiéndose desenfrenado contra las sagradas religiones ciertos ingenios malignos, y habiéndose declarado contra la Silla Apostólica algunos herejes de aquel tiempo, hizo enmudecer á los unos, y confundió con sus escritos el orgullo de los otros con tanta viveza y con tan victoriosa eficacia, que desde entonces le miraron y le temieron como su mayor azote, así los disolutos como los enemigos de la Iglesia.

A la elevada y vasta extensión de sabiduría que todos admiraban en Tomás, correspondió siempre la eminencia de su heroica virtud. No era fácil encontrar hombre de mérito más real, más verdadero, ni más universalmente reconocido; pero, al mismo tiempo, tampoco era posible hallar otro más humilde. Cuando estaba enseñando en Bolonia, llegó al convento un fraile

que no le conocía, y, teniendo que comprar no sé qué cosas, le pidió que le fuese acompañando á la plaza. Hallábase á la sazón el Santo con un pie muy dolorido, y estaba cerca la hora de entrar en lección; pero, sin alegar una ni otra excusa, aunque tan legítima, al punto fue acompañando á aquel buen religioso, el cual, luego que cayó en su inadvertencia, conociendo al que le acompañaba, comenzó á disculpar su inconsideración; mas el Santo se halló más embarazado oyendo las excusas de aquel buen fraile que en el ejercicio del acto de humildad que acababa de hacer, impelido de su singular modestia. Resistióse invenciblemente á las primeras dignidades eclesiásticas con que le brindaban, y no fueron bastantes á rendirle las eficacísimas instancias del Papa para que aceptase el arzobispado de Nápoles.

La exterior mortificación de cuerpo y la interior sujeción de las inclinaciones del alma no podía ser mayor. Parecía hombre sin pasiones, según las tenía rendidas á la razón. La dulce suavidad del genio, el tono de la voz y la serenidad del semblante, siempre se conservaron inalterables; y, á fuerza de macerar la carne, casi había perdido el uso de los sentidos.

Aunque el Cielo, por especial privilegio, le había comunicado el precioso don de la castidad, no perdonaba su recato á medio alguno de los que conducen para conservar esta delicada virtud. Jamás miró á la cara á mujer alguna, y toda la vida evitó escrupulosamente cuantas conversaciones pudo excusar con este peligroso sexo.

Pero la devoción más sobresaliente, ó, por decirlo de otra manera, la devoción preferida de Tomás, fue la que profesó al Santísimo Sacramento. Siempre que se llegaba al altar y se separaba de él, le dejaba bañado en

lágrimas amorosas. Brotaban por el semblante los interiores incendios de su amor. Por orden del papa Urbano IV compuso el Oficio del Sacramento, con aquella tierna efusión de corazón que respira cada palabra; y no contribuyó poco á que se mandase celebrar su fiesta con tanta solemnidad en la universal Iglesia, volviendo á encender en los corazones cristianos el casi apagado fuego del amor á Nuestro Sacramentado Dueño.

Desde la cuna fue como el carácter de Tomás la ternura y la confianza con la Santísima Virgen, mereciéndole el glorioso antonomástico dictado de *Favorecido de María*. Apareciósele muchas veces esta soberana Reina, y pocos días antes de morir aseguró que nada había pedido al Hijo, por intercesión de la Madre, que no hubiese conseguido.

Como á este doctor admirable se le debe el método regular que reina en las escuelas, á cuyo favor se desembarazan de toda confusión las opiniones, se quita la máscara al error, sale la verdad á la luz del Mediodía, y se explican los dogmas de la fe con purísima limpieza, según la verdadera inteligencia de la Iglesia y de los Padres, no ha conocido la herejía mayor enemigo que Tomás, porque ningún heresiarca ha podido defenderse contra la solidez de su doctrina.

Esta doctrina verdaderamente angélica, en cuyos elogios se han empleado tan dignamente las soberanas plumas de tantos oráculos del Vaticano, ésta es la que el grande San Pío V reconoce por una de las reglas más ciertas y claras de la fe, habiéndose valido muchos sagrados Concilios de las mismas palabras de Santo Tomás de Aquino para la disposición de sus sacrosantos cánones. ¿Qué herejía, dice el mismo iluminado Papa, qué herejía no se vio vergonzosamente desarmada por la doctrina de este santo doctor? ¿Qué error puede jamás

suscitarse en la Iglesia, cuyo contraveneno no se encuentre en su portentosa Suma? Cada artículo de esta obra, dice el papa Juan XXII, es un milagro. El que sigue la doctrina de Tomás, dice Inocencio V, apenas podrá errar; el que se desvía de ella, á gran peligro se expone de precipitarse.

Pero el mayor elogio de este gran doctor y de su asombrosa doctrina, es lo que le sucedió hallándose en Napóles, á tiempo que trabajaba la tercera parte de su milagrosa Suma. Hallábase en oración en la capilla de San Nicolás delante de un Crucifijo, cuando, arrebatado en dulce éxtasis, oyó una voz clara y distinta, que salía del mismo Crucifijo, y le decía estas palabras: *Tomás, bien has escrito de Mi: ¿con qué quieres que te premie? A lo que el Santo respondió: Señor, con ninguna otra cosa sino con Vos mismo:* favor que se dice le repitió el Cielo otras dos veces; una en Orbiato, cuando componía el Oficio del Santísimo Sacramento, y otra en París, cuando explicaba lo que nos enseña la fe acerca de este misterio.

Hallábase en Napóles nuestro Santo dando fin á sus últimas obras, cuando recibió orden del papa Gregorio X para que pasase al Concilio general que acababa de convocar en la ciudad de Lyon; y, no obstante estar mal convalecido de una especie de apoplejía, cuya violencia le había privado del sentido por espacio de tres días, al punto se puso en camino. Pero apenas llegó al monasterio de Fosa-Nova, del esclarecido Orden del Cister, cuando le asaltó de nuevo el maligno accidente. Experimentó algún alivio, en fuerza de los remedios que se le aplicaron, y del caritativo desvelo con que acudieron los monjes á conservar aquella preciosa vida; y, aprovechándose de este paréntesis, le suplicaron compusiese una exposición del libro de los Cantares: condescendió el dócilísimo Tomás; comenzó á trabajarla;

pero no pudo concluirla, porque el porfiado accidente le volvió á asaltar con mayor y más peligroso insulto.

Conociendo ya que se iba acercando el dichoso fin de su gloriosa carrera, se confesó y recibió el Santo Viático, haciendo la profesión de la fe á vista de la Hostia consagrada, con lágrimas tan copiosas y tan tiernas, que las sacó también en mucha abundancia á los ojos de todos los asistentes; y, habiendo recibido la Extremaunción con devoción extraordinaria, rindió tranquilamente su espíritu en manos de su Criador y pasó á recibir en el Cielo el premio que el Señor le tenía preparado. Fue su dichosa muerte en miércoles, 7 de Marzo del año 1274, teniendo solos cincuenta años de edad, pero tan llenos de gloria como colmados de merecimientos.

Así por los muchos milagros que obró en vida, como por los que se continuaron en su sepulcro después de su felicísima muerte, pero mucho más por el mayor de todos los milagros, que fue su asombrosa vida, le canonizó el papa Juan XXII el año de 1323, á los cuarenta y nueve años después de muerto; y en el de 1567 mandó San Pío V que en todo el mundo católico se rezase el oficio de Santo Tomás, como de doctor de la Iglesia. El actual romano pontífice León XIII le ha declarado Patrono celestial de todas las escuelas católicas.

Fueron muchas las traslaciones que se hicieron del santo cuerpo, y en todas ellas se halló entero é incorrupto. Hubo grandes y ruidosos pleitos entre los PP. Dominicos y los monjes de Fosa Nova sobre la posesión de estas inestimables reliquias, hasta que el papa Urbano V los terminó en favor de los primeros, y, en virtud de la sentencia pontificia, fue trasladado el cuerpo de Santo Tomás al convento de Tolosa el año de 1369. La corte de Paris está enriquecida con un hueso del brazo

derecho, la de Nápoles con otro, y esta segunda ciudad venera y honra á Tomás como á uno de sus Patronos.

SANTAS PERPETUA Y FELÍCITAS, MÁRTIRES

Siendo emperadores de Roma Septimio Severo y Antonino Caracalla, en Turba, ciudad de Mauritania, fueron presas dos matronas casadas, cuyos nombres eran los de Perpetua y Felicitas. Después de padecer cruelmente en la cárcel fueron presentadas al juez, y las intimaron la obediencia de los edictos de los Emperadores. Pero ellas, que adoraban con toda su alma á Nuestro Señor Jesucristo, y tenían fortalecida la fe, respondieron, con valentía superior á la debilidad de su sexo, «que jamás abjurarían la santa doctrina de los cristianos, y que deseaban y querían morir con ella». El juez las mandó azotar despiadadamente, y después las volvieron a la cárcel. Con objeto de regocijar al pueblo, las llevaron al anfiteatro para arrojarlas á las fieras. Las santas mujeres marchaban á tan horrible suplicio con la alegría en el corazón y en el rostro, cantando oraciones dirigidas al Señor que las deparaba el sin igual contento de sacrificar sus vidas por su amor. Escuchando el presidente las oraciones de los mártires, cometió la cobarde debilidad de mandar que las abofeteasen cruelmente; empero, lejos de conseguir sus deseos, Perpetua y Felicitas, alzando más la voz, entonaron nuevos cánticos á Dios. Colocadas en el anfiteatro, atadas ya las manos, soltaron á los leones para que las despedazasen, lo que se verificó en medio del anfiteatro, presentándose nuestras Santas con la mayor alegría y entregando sus espíritus entre oraciones y cánticos. El día 7 de Marzo del año del Señor 205 fue el martirio de nuestras Santas, imperando Alejandro Severo. Los cuerpos de las Santas se trasladaron á Cartago. San Agustín y Tertuliano mencionan á las Santas Perpetua y Felicitas.

La Misa del día es en honor de Santo Tomás, y la oración de la Misa es la siguiente:

i Oh Dios, que con la admirable sabiduría de tu bienaventurado siervo Tomás iluminas á tu Iglesia, y con sus santas virtudes la fecundas ! Humildemente te pedimos nos des gracia para que con el entendimiento aprendamos lo que enseñó, y con la imitación ejecutemos lo que obró. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del libro de la Sabiduría, cap. 7.

Yo deseé la inteligencia, y me fue concedida; é invoqué el espíritu de Sabiduría, y vino á mí; y la preferí á los reinos y á los tronos, y tuve en nada los tesoros en su comparación; ni comparé con ella las piedras preciosas; porque todo el oro en competencia suya es arena pequeña, y la plata en su presencia será reputada por cieno. La amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por guía, porque su luz es inextinguible. Juntamente con ella me vinieron todos los bienes, é inmensa riqueza por sus manos. Y me alegré de todas estas cosas, porque esta sabiduría era mi guía, y yo ignoraba que es madre de todo esto. La cual yo aprendí sin ficción y comunico sin envidia, y no escondo sus riquezas. Porque es un tesoro infinito para los hombres; del cual, aquellos que hicieron uso, se hicieron participantes de la amistad de Dios, siendo recomendables por los dones de la doctrina.

REFLEXIONES

Muchos quisieran ser sabios, muchos aspiran á serlo; porque, con efecto, la sabiduría honra, hace merced á quien la posee; pero pocos se dedican á aprender la verdadera sabiduría, porque eso cuesta mucho al amor propio. Quiere el hombre ignorarse á sí mismo, huye de si

propio, ocupado enteramente en conocer y en censurar á los otros. Como dentro de sí mismo no encuentra cosa que no le humille, vuelve la vista á otra parte. De aquí nace que hay pocos que se corrijan, porque hay pocos que se conozcan.

Amase la sabiduría, pero una sabiduría política, una sabiduría de temperamento más que de virtud. La sabiduría del mundo es necia, es insensata; defectuosa en los principios y errada en el fin. Hablando en propiedad, sólo es sabiduría de bien parecer; no tiene más objeto que el interés y la vanidad. Sabiduría que mira Dios con horror, y aun le causa asco.

No hay otra sabiduría verdadera que la sabiduría cristiana, cuya esencia consiste en conocer á Dios como á nuestro último fin, y en aplicar los medios más seguros para llegar á él: ésta es nuestra verdadera y nuestra única felicidad. El hombre que no supo salvarse, nada supo.

El Evangelio es del cap. 5 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la Tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela y la ponen debajo del calemín, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los Cielos. No juzguéis que he venido á violar la ley ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad que, hasta que pase el Cielo y la Tierra, ni una jota ni una tilde faltarán de la ley sin que

se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el Reino de los Cielos; mas, el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el Reino de los Cielos.

MEDITACIÓN

De la perfecta observancia de la ley.

PUNTO PRIMERO.—Considera qué grande error es dispensarse en una parte de la ley, con pretexto de que es materia ligera. ¿Puede sufrir exenciones ni excusas frívolas en nuestro rendimiento el sumo respeto que debemos al Monarca soberano, á la suprema autoridad y á la infinita sabiduría del que manda?

Declara Jesucristo que vino al mundo para cumplir la ley. Conviene, dice el mismo San Juan, que todo lo observemos. Ni en el más mínimo precepto ni en la más menuda ceremonia legal se dispensó durante su vida. Fiestas, ayunos, oraciones, todo le pareció indispensable, todo sagrado. ¡Y un cristiano, un pecador, se persuade que el haber nacido con alguna «más distinción que los demás, que un empleo honroso, que el vano título que tomó de un pedazo de tierra que posee, que el andar en coche, que el gastar el talento y el dinero en un tren magnífico, en un equipaje soberbio y ostentoso, basta para dispensarle en las obligaciones penosas de la ley! Esto es decir que quieren ser cristianos, pero á medias.

Quiere Dios, habla Dios y es obedecido. A la insinuación de su voz sale de la nada todo el Universo: solamente la voluntad del hombre tiene la insolencia, tiene la impiedad de oponerse á los preceptos de resistir á la voluntad de Dios. ¡Qué extravagancia, qué delirio !

PUNTO SEGUNDO. — Considera que, cuando sólo se observa una parte de la ley, la misma sumisión condena la inobediencia. Tiene poca parte en esos intervalos de fidelidad ó en esa fidelidad mordida, el amor de Dios. Es un temor puramente servil el que gobierna a los que obedecen á más no poder; á los que se dispensan en la obediencia, luego que cesa el miedo de un castigo riguroso ó se desvanece el peligro de la última desgracia.

El desorden de los fariseos consistía en ser muy escrupulosos en la observancia de las menudencias, y muy relajados en el cumplimiento de las obligaciones esenciales. El nuestro suele ir por camino contrario: tan precisamente adictos á observar los preceptos, que juzgamos podemos impunemente menospreciar los consejos. Lastimosa ceguedad, que no nos permite conocer la necesaria conexión que hay entre los unos y los otros; sin advertir que el despreciar voluntaria y habitualmente los consejos es exponernos á quebrantar presto en mil ocasiones los preceptos. Las mayores caídas nacen por lo común de muy pequeños principios. Obsérvese si no, y dígaseme si se han visto muchos tibios é imperfectos que se hayan conservado largo tiempo en una medianía de imperfección y de tibieza. Al contrario, ¿qué santo ha habido cuya fidelidad á la ley no haya sido universalísima, y no se haya extendido con escrupulosa exactitud á las más imperceptibles menudencias? El criado que sirve á un amo puramente por humor ó por capricho, no le servirá mucho tiempo.

iOh Dios mío, y qué verdades tan terribles me enseña en este punto mi funesta experiencia! Haced que mi dolor corresponda á mis descuidos. La tibieza en guardar vuestra santa ley me ha precipitado en desórdenes horribles. Espero, mediante vuestra divina gracia, que mi fidelidad de aquí en adelante en

observarla escrupulosamente acabará con la materia de mi arrepentimiento, y me dará motivo para fundar mejor mi confianza en vuestra infinita misericordia.

JACULATORIAS

Mi alma desea observar de aquí adelante con el mayor fervor hasta el más mínimo de vuestros consejos.—*Ps. 118.*

No, Señor; no me contentaré con meditar incesantemente vuestra santa ley, sino que me esforzaré en guardarla en toda su extensión.— *Ps. 118.*

PROPÓSITOS

Si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos, dice el Salvador. Ándase preguntando, ándase consultando qué medios se han de aplicar para ser santo. No te dispenses jamás ni en un átomo de la ley de Dios; guarda sus Mandamientos con escrupulosa puntualidad; observa religiosamente las más mínimas obligaciones de su estado; no escuches la voz de los sentidos, ni la inclinación de las pasiones, ni la imperiosa autoridad del mal ejemplo. Cuando Dios habla, todo debe callar; cuando El manda, todo debe obedecer. Examina aquí quién te ha dispensado tantas veces en las más sagradas obligaciones de la ley, en el respeto debido al santo templo, en lo que te prescriben sus reglas, y en el indispensable precepto de la penitencia. Vuelve á leer el método de vida que ofreciste observar, los propósitos que hiciste, y considera si has sido fiel en guardarlos. Nota los que has quebrantado, y no se pase este día sin reformarte. Lee hoy así los Mandamientos de la Ley de Dios como los de la Santa Madre Iglesia: muchos los aprenden cuando niños, y después los dejan

olvidar cuando ya adultos. Toma una media hora, ó por lo menos un cuarto de hora, para rumiarlos, para considerarlos y para preguntarte cómo has cumplido con ellos.